

Narraciones populares

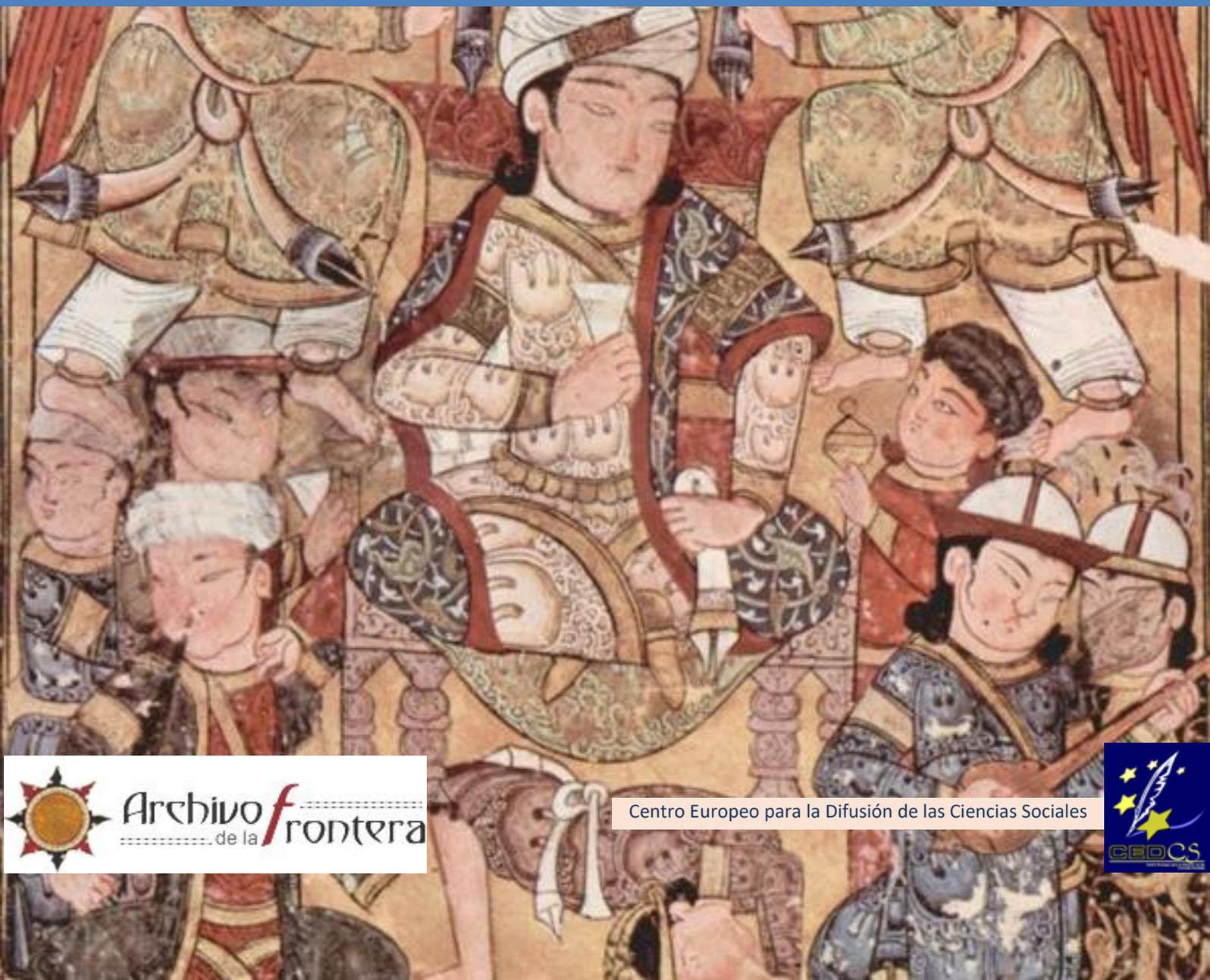
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

**“Andanzas y aventuras del emir Baïbars
y su fiel escudero Flor de Truhanes”**

III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

**38 – La historia de Ibn El-Kâmel,
el loco de amor por Hayîy**

Edición y traducción: Esmeralda de Luis





Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”

III – Los Bajos Fondos del Cairo

38 – La historia de Ibn el-Kâmel, El loco de amor por Hayîy

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

38 – La historia de Ibn El-Kâmel, el loco de amor por Hayîch



“...Ella estalló en carcajadas:

- ¿Tu dinero, viejo? –me dijo ella-. ¡Pues muy buenas y adiós! Eso ya es agua pasada. ¿Tú sueñas o qué? ¡Pobre ingenuo! ¡Lárgate! Si aún no lo has comprendido, escucha un poco, que te voy a contar una historia:

“Había una vez un artesano que se había casado con una bonita joven, hija de buena familia. Todas las mañanas, él se marchaba temprano a su trabajo, y enviaba a su aprendiz a comprar lo necesario para el hogar, así como las provisiones para la comida. Por la tarde, cuando volvía a su casa, el artesano compraba fruta, golosinas, aperitivos: nueces, pistachos... Guardaba todo ello en la bolsa debajo de su manto. Cuando llegaba, su mujer se precipitaba a su encuentro, con la impaciencia de los amantes separados durante mucho tiempo. Cogía las provisiones que él traía, le besaba los pies y las manos, y ponía la mesa. Después de comer, le traía el lavamanos, le preparaba su pipa, y se sentaba a su lado. Y de ese modo, ella lo acompañaba hasta que a él le apetecía irse a la cama. Ella también le preparaba su lecho, le desnudaba y le ponía su ropa de dormir; después, una vez en la cama, ella le masajeaba los brazos y las piernas, y se tendía a su lado. Si él no tenía ganas de ella, le decía:

- Esta noche no –y ella se iba a dormir sola a otra cama, para no molestarle mientras dormía, ya que el artesano venía cansado de su jornada de trabajo.

Pero cuando el artesano quería hacer el amor, ella le dejaba hacer a su gusto, y luego se levantaba para prepararle un barreño de agua caliente que ponía a la lumbre. Temprano, por la mañana, él hacía las abluciones y rezaba sus oraciones, mientras ella le preparaba el desayuno. Luego, el hombre se marchaba rápidamente al trabajo, y la mujer lo acompañaba hasta la puerta para despedirle:

- Que el Señor te guarde, oh, marido mío, y que te preserve de todo mal.

Y todo sucedía de la misma manera a lo largo de siete años. La mujer le dio cuatro hijos y tres hijas. Después, sus negocios fueron declinando poco a poco, y el dinero escaseó. Una tarde, el artesano llegó a su casa, como de costumbre. Durante el día, él había ordenado a su aprendiz que llevara las provisiones necesarias para la comida; pero al artesano sólo le quedaban dos o tres piastras para comprar fruta, aperitivos y perfumes.

Cuando llegó a su casa, su esposa corrió a su encuentro, pero al ver la bolsa vacía, ella lo miró de arriba abajo, se dio unas palmaditas en las manos y exclamó:

- ¡Miseria de las miserias! ¡Que el buen Dios nos proteja! ¿Es que te has peleado con alguien? ¿Quién te ha dejado tuerto?

- No, no me he pegado con nadie –repuso el hombre, todo extrañado.

- ¡Pero bueno, si resulta que eres tuerto!

- ¡Pues claro que soy tuerto, pedazo de tonta, ¿y has necesitado siete años para darte cuenta?

- ¡Eh! Y qué quieres, hombre mío, mientras volvías a casa con los bolsillos llenos, yo sólo miraba lo que había dentro de ellos, y no me andaba fijando en tu cara. Esta tarde, como has cambiado de costumbre, es la primera vez que te he visto de frente.

Entonces, maldiciendo la perfidia de las mujeres, la repudió en el acto y la devolvió, y ello a pesar de que le había dado siete hijos.”

Así que tú también, Mohammad, más vale que te las arregles para buscarte otra mujer, porque como te vuelva a ver yo por aquí, te juro que te rompo una pierna.

Entonces, yo me eché a llorar; a patalear delante de ella, y a besarle las manos.

- Pero bueno, ¿y ahora qué quieres? –me preguntó.

- Déjame quedarme cerca de ti; tómame como un criado. Yo te serviré fielmente y viviré de la caridad, dichoso, aunque solo sea con poder contemplarte.

- ¿A sí? y ¿qué va a decir la gente? Yo tengo que cuidar de mi reputación. Bueno, en fin, si no hay otro medio de convencerte, puedes quedarte como el payaso de mi troupe.

- ¿Y qué tendría que hacer?

- Llevarás un cucharón en la mano, te has de poner una cacerola en la cabeza, y embetunarte la cara de negro tizón; tendrás que hacer piruetas y cabriolas para divertir al público, y recibirás bofetadas y patadas en el culo.

- Muy bien, acepto –le respondí.

Así que ella me contrató como payaso, y despidió al que tenía antes. Partí de gira con la compañía, hasta el día en que Jidr El-Buhayri le hizo llegar a través de uno de sus esclavos una misiva que decía así:

“En cuanto hayas leído estas líneas, apresúrate a venir a mi casa, en el campamento, con tus bailarinas, pues me voy a casar con la hermosa hija de Yusef El-Burayji, la Perla del Desierto. Te ordeno que te presentes de inmediato para animar los festejos. Si no vienes, por el honor de los árabes, que haré que te vigilen y, un día en que salgas por el desierto para ir a bailar a alguna fiesta, yo te mataré; a ti y a tus bailarinas; igual que maté al jefe del distrito de Mahalla, sin ningún juicio de por medio. No hace falta que te diga cuán temible y habilidoso soy...”

Ella besó la misiva, la posó un momento sobre su cabeza, y respondió:

- ¡Escucho y obedezco! Vete tú por delante para trasladar mis saludos a tu amo; yo me daré prisa en hacer todos los preparativos y estar allí cuanto antes para besarle las manos y los pies.

Presas de terror, Hayîch nos llevó a las bailarinas y a mí en dirección a Mahalla. Y allí llegamos el mismo día en que tú intentabas entrar en la ciudad, y vimos al *osta* Otmân cerca del puente de madera.

- Es verdad, colega –le interrumpió Otmân-, ¡por el Profeta! ¡Ojalá y qu’el buen Dios t’aclare las ideas! No te comas el coco, Aquí tiés al soldao, el turco, e los ojos negros; ahí aonde le ves, éste te va a degolver tus derechos y s’encargará del padre la Verdura¹.

- ¡A tus órdenes! –le dijo Baïbars riéndose-, ¡pero déjale que acabe su historia!

Pues resulta que nosotros nos quedamos unos días en Mahalla para descansar un poco – continuó Mohammad Ibn El-Kâmel-, y luego partimos hacia el campamento de Jidr El-Buhayri, que está a ocho horas de marcha desde Mahalla. Al llegar, encontramos a una horda de beduïnos que pululaban por el lugar. Habían plantado sus tiendas, unas junto a otras, y tenían montada una algarabía de mil diablos. Algunos jefes vinieron a nuestro encuentro y nos introdujeron adonde Jidr El-Buhayri. Hayîch le besó la mano.

- Por fin estás aquí, bayadera –le dijo-. Por el honor de los árabes, si no hubieras venido, yo habría maldecido a tu abuelo y quemado a todos tus ancestros.

El Buhayri puso una tienda a nuestra disposición y, durante seis noches, hicimos nuestros números.

La última noche, yo estaba sentado a los pies de Hayîch, bajo su tienda, contemplando, enajenado, la belleza de su rostro. Y pensaba en mi miserable suerte, en todos los bienes que había perdido, y no pude evitar un profundo suspiro y derramar unas lágrimas.

- Y ahora, Mohammad, ¿por qué gimoteas? –me preguntó ella.

¹ Aunque no queda muy claro en el texto, es posible que Otmân se refiera aquí a Jidr El-Buhayri; quizá porque “Jidr” en árabe significa “verde, verdura”.

- ¡Ay, Hayîch, por Dios, que lloro por tu triste condición: trabajar tan duro y agotarse para esos rústicos beduinos! ¡Ah, si al menos quisieras escucharme, dejarías el baile, te arrepentirías, y llevarías una vida piadosa! De ese modo, yo podría presentarte ante el cadí y hacerte mi esposa en unas nupcias como Dios manda, conforme a la Ley de Dios y de Su profeta. A fin de cuentas, tienes suficiente dinero como para que pudiéramos mantenernos durante mucho tiempo. ¿No crees que eso sería mucho mejor que seguir con esta profesión que Dios y Su profeta reprueban, y dejarme morir de tristeza?

Entonces, emir, Hayîch se enfadó y me espetó:

- ¡Anda ya, pero vaya con este yigoló! ¡Lárgate ya, cateto! Con todas las culebras que te he hecho tragar, ¿qué más esperas? ¿Quieres que haga que te quiten de en medio, o qué? ¿Quieres que abandone el baile, el placer, la buena vida y la pasta, y todo eso por tu cara bonita?

Entonces yo me callé, y no me atreví a seguir con esa conversación. Poco después Hayîch salió de la tienda y se fue a ver a Jidr El-Buhayri.

- Hola, bayadera, ¿qué quieres?

- Señor, veo que has interrumpido la fiesta. Todavía quedan dos noches de celebración; pero esta noche parece que no va a haber nada...

- Es verdad, pero es que no nos queda ya más brea, ni aceite para las antorchas, y me he enterado que esa maricona, ese esclavo bastardo, el Baïbars, el nuevo jefe del distrito, ha decretado el estado de sitio en Mahalla, y ha embargado el aceite y el alquitrán¹. Desde luego que podría marchar sobre la ciudad a la cabeza de mis hombres, destruirla, llevarme a sus mujeres, saquear sus bienes y degollar a sus hijos; pero sería indecoroso anular los festejos, sobre todo ahora que los grandes jefes de los beduinos están aquí. Habría que mandar a algún destripa terrones a Mahalla para comprar dos odres de aceite y de brea para terminar la fiesta y concluir las nupcias. ¡Después ya verás quién es Jidr El-Buhayri! He mandado a algunos de mis lugartenientes para atrapar a Baïbars tendiéndole una trampa, pero aún no han vuelto.

- Emir, si has interrumpido la fiesta por el aceite y la brea, yo puedo mandar a mi noviete, Mohammad Ibn El-Kâmel, para buscarlos. Si lo matan, no será una gran pérdida; y si lo consigue, eso que habremos ganado.

- Hazle venir –respondió el Jidr.

Y entonces vinieron a buscarme.

¹ Las medidas tomadas por Baïbars contra los beduinos no se mencionaron con anterioridad. Estas inconsecuencias menores son frecuentes en esta saga, y es posible que sucedan a causa de su larga duración.

- Hola, sucio perro –me dijo él-, coge esta camella y esos odres, y aquí tienes dinero. Ábrete hasta Mahalla, y cómprame brea y aceite, y como te retrases, haré que te corten la cabeza.

- ¿Qué podía responder yo a ese tirano? Cogí la camella y los odres, y me pasé por la tienda de Hayîch.

- Ay, amada mía –andaba yo suspirando-. ¿No temes a Dios que me envías de este modo a mi perdición? ¿Cómo voy a poder entrar a Mahalla si Baïbars ha decretado el estado de sitio? Si me deajo ver y se entera de que he ido a buscar lo necesario para la fiesta, hará que me ejecuten.

- ¡Lárgate y mete la cabeza donde el sepulturero por sesenta años, pobre desgraciado! –me respondió ella-. Todos los que murieron, ¿es que valían más que tú? De todos modos, no merece la pena temblar por tu asqueroso pellejo, eres tan miserable que nadie te prestará atención, y si revientas, nadie se molestará en ir a buscarte.

Así que partí hacia Mahalla, encaramado en la camella, con lágrimas en los ojos y triste el corazón. En el camino, divisé a los esbirros de Jidr, que regresaban con una recua de caballos.

- Hemos limpiado los establos del jefe de distrito de Mahalla –decían-. ¡Bien que nos habría gustado cortarle la cabeza, pero ¡nada que hacer! ¡En fin, al menos tenemos sus caballos!

Para que no me vieran, me escondí cerca de la orilla del río; me encontraba entre dos fuegos y, encima, no llevaba provisiones. Yo me andaba diciendo que, si entraba a Mahalla, tu señoría descubriría quién era yo y no tardaría en mandarme ejecutar; pero si regresaba al campamento de Jidr El-Buhayri sin haber cumplido su mandato, entonces sería él el que me mataría. Y pensar en volver a mi país, en la situación en que me encontraba, y tras haber dilapidado toda mi fortuna y la que me había confiado el jan Jamak¹, no me parecía una buena idea. Entonces se apoderó de mí la locura, mi cuerpo comenzó a arder de fiebre; me quité la ropa y comencé a meterme en el río y a revolcarme en la arena una y otra vez, haciéndome amargos reproches a mí mismo... Y fue en ese momento cuando tu señoría llegó; tú ya me has visto y me has preguntado; pues esa ha sido mi historia.”

Estalló entonces en sollozos; el emir Baïbars también se echó a llorar ya que se acordaba de su padre, el jan Jamak, y de su madre, la reina Ayak; pues se había dado cuenta de que Mohammad Ibn El-Kâmel era su hermano de leche, y le había contado toda la verdad; no obstante Baïbars no quiso aún darse a conocer. ¿No debe llegar cada cosa a su debido tiempo? Baïbars le consoló diciéndole:

- No te preocupes, cuando haya derrotado a Jidr y a sus beduinos, yo haré que Hayîch cambie de vida; ella se casará contigo y todos sus bienes volverán a ser tuyos.

¹ Jamak es el padre de Baïbars. Ver *Las infancias de Baïbars*.

Entraron juntos a Mahalla; Baïbars le ofreció hospitalidad esa noche, pero no hizo que se cambiara de ropa, ya que había concebido un plan para él.

A la mañana siguiente, Baïbars mandó que trajeran dos odres de brea y dos de aceite, lo que necesitaba Mohammad Ibn El-Kâmel, y le confió una misiva.

- Monta en tu camella, Mohammad, parte hacia el campamento y, en cuanto llegues, entrega esta carta a Hayîch. Yo no tardaré.

Mohammad cogió la carta, cargó los dos odres sobre la camella, se despidió de Baïbars y se marchó. Más adelante seguiremos con este asunto...

FIN



Próximo episodio...

39 – El gran ejército

